

“¡Entra en la ciudad y allí te dirán lo que tienes que hacer!”

Algunas reflexiones sobre la misión en la ciudad secular*

Giancarlo Collet,
Universidad de Münster.

La misión de la Iglesia en la ciudad —el tema que me han pedido exponer— no puede ser otra que la misión de Jesús. Según la teología actual la misión debe tener en cuenta el contexto y debe poseer una visión de conjunto, pero siempre tiene que estar configurada a partir de Jesús, quien fue enviado “a anunciar la buena noticia a los pobres, a proclamar la liberación a los cautivos, a dar vista a los ciegos y liberar a los oprimidos” (Lc 4, 18). Con estas palabras Lucas explica el contenido de la misión de Jesús: el anuncio de la buena nueva, el evangelio. Pero menciona también las personas a las que va dirigida esta buena noticia, que tienen rostros muy reales. Y más allá del contenido del evangelio y de la concreción de sus destinatarios primarios, el modo como Jesús orienta su misión indica también *cómo* se debe anunciar este Evangelio: respetando la dignidad y la libertad del otro.

Pues bien, la Iglesia existe para anunciar esta buena nueva a los hombres y mujeres a través de la palabra y del testimonio de vida. Recordemos la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* del papa Pablo VI: “Evangelizar es en verdad la gracia y la vocación original de la Iglesia, su identidad más profunda” (EN 14). La Iglesia existe para evangelizar. Y esta evangelización tiene que ser llevada a cabo, ante todo, a través del testimonio (*cf.* EN 21). Una Iglesia que

* Conferencia de clausura del Primer Encuentro Internacional de Pastoral Urbana, tenido en México a comienzos de agosto de 2007.

se remite a Jesús como su fundamento, tiene que proseguir la vida de Jesús en su propia vida, es decir, debe encarnarse en el mundo concreto y actuar con espíritu de misericordia¹. Según la *Evangelii Nuntiandi* no es posible separar hablar del Dios de Jesús y el esfuerzo por crear condiciones de vida que correspondan a su voluntad: que los seres humanos: “vivan y estén llenos de vida” (Jn 10, 10). Según eso, el compromiso por la justicia social se encuentra en el centro de la evangelización, y significa que la misión de la Iglesia no puede limitarse al ámbito religioso, “no tomando en cuenta los problemas temporales del hombre” (EN 34).

Como comunidad de creyentes, como comunidad de esperanza viva y proclamada, y como comunidad de amor fraternal, también la Iglesia debe escuchar incesantemente lo que debe creer, cuáles son las razones de su esperanza y cuál es el nuevo mandamiento del amor. “La Iglesia, medio de la evangelización, empieza por evangelizarse a sí misma” (EN 15). Y según el documento, la autoevangelización no se debe reducir al ámbito personal, moral o espiritual. Se trata más bien de una cuestión eclesiológica muy fundamental: la relación entre el actuar misionero hacia afuera y la reforma eclesial hacia adentro. Y por esa razón específica, la misión puede ser comprendida también como elemento de autocrítica de la Iglesia.

A continuación quisiera ofrecer algunas reflexiones teológicas fundamentales sobre “la misión en la ciudad secular”, tal como me lo han pedido. No voy a detenerme en análisis pormenorizados de la realidad de las ciudades, esos “invernaderos de la posmodernidad y al mismo tiempo basureros de las misma”², como han sido calificados, pues ya lo han hecho autores competentes. Y quiero añadir también que las personas que tienen experiencia de pastoral urbana tienen mucho más que ofrecer que yo, misionólogo teórico, que vive en el campo a pesar de trabajar en una ciudad.

La finalidad de mis reflexiones es modesta y ambiciosa a la vez. ¿Qué significa la evangelización hoy en día, y en qué podría consistir la misión de la Iglesia en la ciudad?

-
1. Véase Jon Sobrino, “La Iglesia samaritana y el principio-misericordia”, en *El principio misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*, Salamanca, 1992, pp. 31-45, 36: “Misericordia es, pues, lo primero y lo último; no es simplemente el ejercicio categorial de las llamadas ‘obras de misericordia’, aun cuando pueda y deba expresarse también en éstas. Es algo mucho más radical: es una actitud fundamental ante el sufrimiento ajeno, en virtud de la cual se reacciona para erradicarlo, por la única razón de que existe tal sufrimiento y con la convicción de que, en esa reacción ante el no-deber-ser del sufrimiento ajeno, se juega, sin escapatoria posible, el propio ser”.
 2. Véase Benjamín Bravo, “La parroquia en la urbe”, en *Espacio de pastoral urbana* (ed.), *La urbe reta a la Iglesia*, México, 1998, pp. 59-70, 59.

1. La necesidad de proclamar el evangelio como *buena noticia*

Que hoy se pueda comprender y experimentar el evangelio como “palabra de vida” (1Jn 1, 1) depende no sólo de su contenido concreto y de las personas que lo proclaman, sino también del contexto, es decir, del tiempo y lugar, y de la situación en que viven los hombres y mujeres de hoy, con sus dudas y necesidades. Ellos y ellas —aunque no sólo— nos indican el *quehacer*: “Entra en la ciudad y allí te dirán lo que tienes que hacer”, le dice Jesús a Pablo en el momento de su conversión.

El teólogo sudafricano Albert Nolan ha llamado la atención sobre el problema fundamental:

Lo problemático en lo que actualmente se anuncia en nuestras Iglesias consiste en que ya no tiene la forma o el carácter de una buena nueva. Aun si la gente aceptase lo que se anuncia y lo creyese, no lo podrá acoger con alegría o entusiasmo, recibirlo como buena noticia... Cuando repetimos simplemente frases del pasado, entonces nuestras palabras se convierten en una doctrina o un dogma, pero no en buena nueva. Podrá ser que anunciemos perfectamente la enseñanza ortodoxa, pero ésta no es hoy evangelio para nosotros. Tenemos que tomar en serio la buena nueva. Si nuestro mensaje no asume la forma de buena nueva, entonces simplemente ya no se trata del evangelio cristiano³.

La palabra anunciada tiene que ser, pues, buena nueva. Pero hay que verificar también si el modo pastoral de proceder corresponde al evangelio como buena nueva. En efecto, el evangelio como tal no se muestra exclusivamente, ni mucho menos, en la proclamación o en la doctrina de la Iglesia, sino también, y especialmente, en el actuar, en la organización y en la institución eclesial, en el comportamiento de la jerarquía y en la política eclesial, en las obras de misericordia, así como en el compromiso por la justicia, en el martirio y en el trato a teólogos críticos... Si la Iglesia “sacramentaliza”, más que evangeliza, como se ha dicho, puede desfigurar la buena noticia y corre el peligro de que “la sal se vuelva insípida” (Mt 5, 13).

Hoy en día, en la enseñanza teológica, en el trabajo pastoral cotidiano y en la proclamación de la palabra parece que el evangelio (ya) no es noticia *buena y nueva*, sino que se ha convertido en algo rutinario. Nuestro actuar muchas veces está ya marcado por tal rutina, que no se nos ocurre otros modos de actuar. Sin

3. Albert Nolan, *Gott in Südafrika. Die Herausforderung des Evangeliums*, Fribourg/Brig, 1989, 27, 29; Véase Jon Sobrino, “La evangelización como misión de la Iglesia”, en *Resurrección de la verdadera Iglesia. Los pobres, lugar teológico de la eclesiología*, Santander, 1981, pp. 267-314, 284s; Juan Ramón Moreno, “Evangelización”, en Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino (eds.), *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la Teología de la Liberación*, Tomo II, Madrid, 1990, pp. 155-174.

embargo, cuando el evangelio es algo *bueno* y *nuevo*, y si es sentido como tal, entonces incide en los destinatarios y éstos pueden reaccionar de muy diversas maneras⁴. Veámoslo.

Para unos, los valores de la religión provienen de la tradición que ha llegado hasta ellos. Entonces, si encuentran en el evangelio una noticia *nueva*, eso ya es motivo para no aceptarlo, pues piensan que ya saben lo que es el evangelio, y desconfían por ello de opiniones distintas a las suyas. Si el Evangelio es presentado como novedoso, no lo pueden aceptar, y, por lo tanto, sospechan de la persona que les diga algo novedoso. A otros, el evangelio les parece algo aburrido, sin interés. El problema está entonces en que, si adoptan una religión, es precisamente por lo que puede traer de novedoso. Otros, por último, no parecen tener criterio propio. Aceptan casi ciegamente, sin crítica, cualquier cosa que lleve el sello de “evangelio”, y de esta forma se olvidan de su mundo real.

Por lo que toca a la Iglesia, puede haberse estancado de tal manera que rechaza las nuevas tareas que se le piden por no ser “propias” de ella. Según esto, la Iglesia tiene que concentrarse en sus tareas esenciales, las que, por lo común, son el “cuidado de las almas”, la liturgia, la administración y la caridad⁵. Tras esta actitud existe muchas veces miedo y desorientación, pues la Iglesia no está suficientemente preparada para enfrenar esos desafíos. Aparecida llama la atención sobre ello en el n. 529: “se notan actitudes de miedo a la pastoral urbana; tendencias a encerrarse en los métodos antiguos y de adoptar una actitud de defensa ante la nueva cultura, de sentimientos de impotencia ante las grandes dificultades de las ciudades”.

También existe el peligro y el riesgo de que el actuar de la Iglesia, que desde hace años se expresa en conceptos tales como nueva evangelización, re-evangelización y pastoral misionera⁶, acabe en un remanso de paz, despreocupado, y en una ciencia de la fe y praxis pastoral sin relevancia para los seres humanos; o, por el otro extremo, en una postura militante y una teología agresiva. Con esto último, a fin de cuentas se logra lo contrario de lo que se pretende: muchas personas encuentran todavía más razones para dar la espalda a la fe cristiana. Por diversas causas, en las ciudades, especialmente, nos encontramos con este peligro: no acogen la promesa del evangelio, hay personas que se sienten “secas” en su fe.

4. Véase José Comblin, *Viver na Cidade. Pistas para a pastoral urbana*, São Paulo, 1998, pp. 38ss; Id., *Pastoral urbana. O dinamismo na evangelização*, Petropolis, 2000, p. 29.

5. José Comblin, “La ciudad, esperanza cristiana”, en Espacio de Pastoral Urbana (ed.), *La ciudad: desafío a la evangelización. Primer Congreso Interamericano de la Pastoral Urbana*, México, 2002, pp. 101-130, 126ss.

6. Esto último es, por cierto, una tautología, pues según el Vaticano II la pastoral “no es un acontecer hacia adentro de la Iglesia, sino que se define como confrontación creativa del Evangelio con el tiempo presente, relacionada con el actuar”.

Para resolver estos problemas se requiere un análisis más profundo de la situación actual de nuestra sociedad y de la iglesia, que ilumine los enfoques pastorales. Se necesita, por consiguiente, una teología misionera que trate de expresar su objeto de forma convincente y contundente.

Es un error “querer responsabilizarse del evangelio, retomando métodos de misión del pasado reciente del cristianismo. El daño más grande causado por esta movilización ideológica militante consiste en la falta de análisis serio de las condiciones de la increencia de hoy. Por eso estaba condenada al fracaso”⁷. Las consecuencias de una postura misionera equivocada no es sólo presunción y exigencia excesiva para uno mismo, además del desánimo de quienes quieren dar testimonio de la fe en nuestro tiempo y transmitirlo a los demás, sino que es sobre todo una crítica, creciente y radical, de la misma fe cristiana y de su transmisión.

Una pastoral que no busca el diálogo crítico y constructivo con la cultura actual hace sospechosos a los cristianos de que todavía no han aceptado y asimilado ciertas actitudes imprescindibles de la vida contemporánea. En el mejor de los casos estos cristianos no serán más que personas amables, pero intelectualmente limitadas, que tratan de imponer a los demás *su propia* fuente de felicidad⁸.

Pero también hay que tener en cuenta que si los cristianos, precipitadamente y sin análisis crítico, se acomodan al actual modo de vida y rechazan una postura misionera por ser supuestamente intolerante y violatoria de la privacidad religiosa, entonces se abandona la aspiración universal de la fe cristiana, pues el evangelio, como buena nueva, necesita ser proclamado a *todos*. En otras palabras, más allá de la coyuntura social y la de la fe hoy, siempre hay que tener en cuenta la identidad y la exigencia de la fe cristiana, ser conscientes de la propia identidad y poder ofrecerla en el contexto de diferentes cosmovisiones y modos de vida de las ciudades de hoy. Pero esta certeza sobre la identidad cristiana no puede convertirse en algo absoluto, sino que —formulándolo en lenguaje bíblico— debe estar al servicio del reino de Dios. Eso es lo que hace posible conocer las alegrías y las tristezas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo para compartirlas con ellos (*cf. Gaudium et Spes* 1).

7. Jean-Pierre Jossua, Art. “Zeugnis”, en Peter Eicher (ed.), *Neues Handbuch theologischer Grundbegriffe*, München, ²1991, Tom. V, pp. 326-337, 332. Véase también Rainer Bucher, *Neuer Wein in alte Schläuche*, pp. 253s.

8. Véase Gotthard Fuchs, “Der zahnwehhafter Schmerz, dass Gott fehlt. Kultur und Kirche(n) – ein schwieriges Verhältnis”, en Klaus Hofmeister, Lothar Bauerochse (eds.), *Die Zukunft der Religion. Spurensicherung an der Schwelle zum 21. Jahrhundert*, Würzburg, 1999, pp. 132-142, 135: “la religión en general, y especialmente el cristianismo y las iglesias, desde Voltaire están bajo la sospecha de representar un pensamiento sórdido y provinciano”.

Esta conclusión tiene importantes consecuencias pastorales. Una Iglesia demasiado centrada o preocupada en y de sí misma y de sus propias estructuras se convierte, ella misma, en obstáculo para su propio caminar, lo que le impide realizar sus propios fines. Es alarmante, muchas veces, ver en qué medida los cristianos sólo nos preocupamos por nuestros problemas eclesiales internos. Comparados con la urgencia y magnitud de los desafíos, no ya de las ciudades —hambre y desempleo, explotación y discriminación, desprecio e injusticia—, sino del mundo actual en su totalidad —piénsese, por ejemplo, en las consecuencias de la globalización, los peligros del cambio climático, las catástrofes naturales, la migración mundial—, muchos de estos problemas parecen juego de niños. Y da la impresión, por cierto, de que esa actitud sólo es posible en sociedades de bienestar en las que la vida ya se da por supuesta.

Para asumir la identidad cristiana, formular criterios teológicos, dar testimonio de la fe y comunicar el Evangelio, es igualmente necesario tener en cuenta la época, la cultura y la mentalidad en medio de las cuales se quiere dar testimonio de la fe, se la transmite y se pretende enseñarla. Si esto no se toma en cuenta, fracasará la proclamación del evangelio como *buena nueva*.

Es cierto que, según parece, las Iglesias han perdido ya autoridad, casi por completo, para determinar la orientación del mundo y establecer valores y normas. Pero eso no significa que la sociedad se haya despedido de la religión. Nos encontramos más bien ante un proceso de “dispersión de lo religioso”, es decir, de “su reparto en muchos y distintos lugares, en formas de vivirlo y en ofertas diferentes, entre ellas muchas que no son llamadas ‘religiosas’”⁹. Nuestra época se distingue por una nueva “complejidad religiosa” en la que muchos añoran y ansían “espiritualidad”, y buscan pistas religiosas para encontrar orientación y sentido a la vida cotidiana, tanto en la convivencia humana como en lo personal.

El nuevo amanecer y resurgimiento religioso —por lo menos en las “sociedades de occidente”— va acompañado, sin embargo, de desconfianza en las grandes instituciones, como por ejemplo las Iglesias, y consiguientemente no se expresa en la pertenencia a una Iglesia. Tal vez en América Latina éste no sea —todavía— el caso, aunque la conversión de muchos católicos a Iglesias pentecostales también tiene que ver, posiblemente, con la decepción y desconfianza en la propia institución. En un mundo de marginalización, como es la triste situación de muchos países latinoamericanos, los pobres se sienten como huérfanos o abandonados por la sociedad, y, no en último lugar, también por la Iglesia. Por eso, el pentecostalismo les resulta atractivo. Según Agenor Brighenti

9. Michael N. Ebertz, *Aufbruch in der Kirche. Anstöße für ein zukunftsfähiges Christentum*, Freiburg, 2003, p. 63.

El pentecostalismo evangélico es una ‘fe de conversión’ para aquellos estratos que están ‘fuera y por debajo de las instituciones’, es decir, exactamente allí donde se encuentran las mayorías excluidas. Se va de ‘conversión en conversión’, de ‘una Iglesia a otra’. No es un ‘pentecostalismo espiritual’ de privilegiados, sino que se trata de un ‘pentecostalismo corporal’ de los pobres, que, aunque no sea un espacio alternativo de reflexión o inclusión, rescata, sin embargo, la dignidad, incrementa la autoestima, tiene conciencia moral y sobre todo despierta esperanza y ánimo de luchar¹⁰.

Para la comunicación de la fe tan necesario es tener en cuenta este contexto y la situación sociocultural, como el dar testimonio del evangelio como buena nueva. Si el actuar de Dios y el de Jesús se caracterizan por el principio de la misericordia, entendida como la reacción ante el sufrimiento ajeno y solamente movida por ese sufrimiento, esto tiene que determinar también la actuación de la Iglesia y de los cristianos. “El único lenguaje para hablar de la buena nueva de una manera cristiana, es el lenguaje del amor misericordioso, el lenguaje de la solidaridad con todos”¹¹.

A pesar de diferencias importantes, tanto si la comunicación teológica se lleva a cabo en una situación pre o poscristiana, en la ciudad o en el área rural, hay ciertas estructuras básicas y elementos comunes en el proceso de la transmisión del evangelio, que son de relevancia general. Aunque los contextos pueden ser muy distintos, también hay aspectos comunes y compartidos. Entre éstos se cuenta, y no en último lugar, el que todos tenemos que aprender a vivir la fe en debate con nuestro tiempo, y cada día tenemos que volver a descubrir de nuevo el evangelio.

2. La misión como testimonio de vida

El fundamento para definir hoy, razonablemente, la misión cristiana hay que buscarlo en la Biblia¹². Basta echar un vistazo al Nuevo Testamento para perca-

10. Agenor Brighenti, “Evangelisierung im aktuellen Kontext. Wirklichkeit und Herausforderungen aus der Sicht Lateinamerikas”, en Sekretariat der Deutschen Bischofskonferenz, *WeltMission und Internationaler Kongress der Katholischen Kirche. Dokumentation* (2.–4. Mai 2006, Freising), Bonn, 2006, pp. 157-202, 185.

11. Juan Ramón Moreno, “Evangelisierung”, *op. cit.*, p. 792. Véase Ernst Käsemann, “Die vierte Seligpreisung (Matthäus 5, 6)”, en *In der Nachfolge des gekreuzigten Nazareners. Aufsätze und Vorträge aus dem Nachlass*, Tübingen, 2005, pp. 139-149, 144.

12. Véase Ferdinand Hahn, *Das Verständnis der Mission in Neuen Testament*, Neukirchen-Vluyn, 1963; Id., *Mission in neutestamentlicher Sicht*, Erlangen, 1999; Heinrich Kasting, *Die Anfänge der urchristlichen Mission. Eine methodische Untersuchung*, München, 1969; Donald Senior y Carrol Stuhlmüller, *The biblical foundations for mission*, Maryknoll, 1983; Karl Kertelge (ed.), *Mission im Neuen Testament*, Freiburg, 1982; Jostein Ådna y Hans Kvalbein (eds.), *The Mission of the Early Church to*

tarse de que al evangelio le pertenece por esencia el ser anunciado y comunicado. La misma Sagrada Escritura es ya un instrumento de tal comunicación como fruto de las experiencias que muchas personas tuvieron con Jesús. Les parecieron tan importantes que quisieron transmitir las a otros, las compartieron. Sin embargo, hubo diferentes maneras de hacerlo. Nos encontramos con la proclamación explícita de la fe, “evangelización” o “misión”, y también con el dar cuenta de la fe de una manera más discreta, en el testimonio cotidiano, por ejemplo en 1Pe 3, 14s: “Dispuestos a dar razón de su esperanza a todo el que les pida explicaciones”. Como lo indica el contexto, no se trata aquí, en un primer momento, de una comunicación verbal, sino de una comunicación sin palabras. Un cristiano es llamado a dar razón “con sencillez y respeto”, pero sólo cuando se le pide. Lo realmente importante es llevar una vida de acuerdo con los criterios de Jesús.

Dar testimonio de la fe cristiana ya es prueba de que el evangelio es una “buena nueva” que tiene que ser comunicada con la vida toda del ser humano y que da ánimo para anunciarlo a los demás. Esa experiencia fundamental que da fuerza y mueve a hablar de la fe cristiana es el encuentro con Jesús y la participación en su espíritu que infunde y renueva la comunidad. Es la experiencia de la superación del miedo, del hondo temor a “estar sobrando en el mundo, en definitiva, a estar sólo molestando, estorbando sin ser deseado, miedo hasta a estar perjudicando o dañando a los demás; es la experiencia de una duda que puede despedazarnos a nosotros mismos y a nuestro actuar: si somos personas a quienes se les puede necesitar o hasta querer, o tan sólo prestar atención”¹³. Los discípulos de Jesús nos hablan porque tuvieron este tipo de experiencias, y nos las comunican como buena nueva.

¿Cómo podemos nosotros hoy descubrir el evangelio como buena nueva? ¿Cómo podemos captar que está ahí para ser anunciada a todo el mundo, sin dejar de enfrentar las preguntas de nuestros contemporáneos ni adoctrinarlos en lo que para ellos es ya ajeno e indeseado porque lo han dejado atrás? Para lograrlo se necesita comprender la misión, no movidos por un secreto designio de “reclutar miembros” ni por el miedo a una “pérdida de integrantes”, sino que hay que comprender la *misión como un testimonio*, con agradecimiento por lo que le ha sucedido a uno mismo: *sentirse aceptado incondicionalmente*. Tal testimonio es ofrecido a todos, y tiene la capacidad de aceptar a otros incondicionalmente. En la misión no se trata de conquistar a alguien. Se trata de compartir el evangelio

Jews and Gentiles, Tübingen, 2000; Wolfgang Reinbold, *Propaganda und Mission im ältesten Christentum. Eine Untersuchung zu den Modalitäten der Ausbreitung der frühen Kirche*, Göttingen, 2000; Gerd Theissen, *Die Jesusbewegung. Sozialgeschichte einer Revolution der Werte*, Gütersloh, 2004; Bruce Chilton y Craig Evans (eds.), *The missions of James, Peter and Paul. Tensions in Early Christianity*, Leiden, 2005.

13. Jürgen Werbick, *Glaubenlernen aus Erfahrung. Grundbegriffe einer Didaktik des Glaubens*, München, 1989, p.143s.

para que ellos mismos con sus propios ojos y oídos, con su corazón y sus manos, puedan aceptar a Dios y confiar en su “Sí” absoluto (*cf.* 2Cor 1, 19ss).

En la pastoral siempre se oculta, secretamente, el motivo de la “masa”, como lo dijo ya hace muchos años Juan Luis Segundo, fallecido en 1996¹⁴. En vez de centrarse en la formación de la convicción personal de los cristianos, este modo de enfocar la tarea pastoral tiene como meta reclutar un gran número de personas. Misión o re-evangelización se convierte, entonces, en actividad de reclutamiento, o de recuperación de miembros. Pero se trata de llegar a muchos en lugar de buscar a personas convencidas y comprometidas, y, por lo tanto, convincentes, que vivan de la promesa del evangelio. De otra forma la Iglesia corre el riesgo de perder su potencial profético y sociocrítico, porque en lugar de ser “sal de la tierra”, “luz del mundo”, “levadura en medio de la masa” (Mt 5, 13ss; 13, 33), se “conforma a este mundo” (Rom 12, 2). Mientras la Iglesia no esté dispuesta a renunciar a querer ser una Iglesia de masas y de poder, en lugar de comprometerse con los pobres y excluidos, y de entregarse a sí misma para lograr más justicia, seguirá apoyando un sistema social inhumano y formará parte de él. Como dijo Bonhoeffer, de nada sirve caminar en la dirección correcta, estando en un tren que ha tomado un rumbo equivocado. Los problemas y las preguntas del mundo actual, que afectan a la vida de la mayoría de los seres humanos, están hoy pensados sobre todo por personas que están al margen o fuera de la Iglesia.

Misión es, y será siempre, ante todo compartir con otras personas nuestras experiencias, las que hemos tenido nosotros mismos. Tiene fundamentalmente, por lo tanto, el carácter de invitación¹⁵.

En el anuncio de la fe siempre hay un problema de difícil solución, que se complica cuando la iglesia, más que de percibirlo y admitirlo, trata de reprimirlo. El trasfondo del problema es el siguiente. A diferencia de la transmisión de la fe a quienes se han distanciado, o se están distanciando, del cristianismo, ahora se está haciendo un esfuerzo cada vez mayor para desarrollar nuevas iniciativas

14. Juan Luis Segundo, *Acción pastoral latinoamericana. Sus motivos ocultos*, Buenos Aires, 1972; Id., *Masas y minorías en la dialéctica divina de la liberación*, Buenos Aires, 1976. Pedro Trigo Durá, “Perfil del sujeto evangelizador de la gran ciudad”, en *La ciudad: desafío a la evangelización*, pp. 131-251, 147ss. Véase también Hermann Steinkamp, “Bemerkungen zu den Aporien volks-kirchlicher Praxis als ‘Mitgliedschafts-Pastoral’”, en *Solidarität und Parteilichkeit. Für eine neue Praxis in Kirche und Gemeinde*, Mainz, 1994, pp. 82ss.

15. Die deutschen Bischöfe, *Allen Völkern Sein Heil. Die Mission der Weltkirche (23. September 2004)*, Bonn, 2004, p. 37: “Misión al mundo significa superar las barreras que nos separan del otro, y, en respeto hacia su ser-otro, testimoniar y anunciar el evangelio con tal credibilidad que ellos se sepan invitados a seguir a Jesús y aceptar su evangelio”. Véase *ibíd.*, 8, 11, 55.

misioneras, a pesar de lo cual, mucha gente, más que antes, se aleja de la fe cristiana y de la Iglesia. No deja de ser al menos paradójico que, por un lado, se promueven varias iniciativas “misioneras” y, al mismo tiempo, la gente le dé la espalda a la Iglesia y ya no espere nada de ella.

Si ya no existe la presión social para hacerse cristiano, o seguir siéndolo, como es el caso en las ciudades multirreligiosas y culturales de hoy, entonces una actitud misionera de ganar a los demás para la propia convicción termina siendo una práctica ineficaz —y es un camino equivocado, pues no es posible apropiarse de la llamada de Dios ni de la respuesta humana al llamado del evangelio. Además, poner tanto énfasis en la urgencia de una nueva evangelización, como ocurre actualmente, puede tener como consecuencia dar una importancia exagerada a la palabra, sin tener en cuenta que también hay que echar raíces en la existencia humana. Esto puede llevar a una militancia verbal sin sustancia humana y sin verdadera profundidad espiritual. Y es que en una situación en la que ya se “perdió” la fe cristiana, si se quiere volver a anunciarla, más importante que las meras palabras es una experiencia bien reflexionada. Dorothee Sölle lo recordó al insistir en la importancia de hacer teología haciendo referencia a experiencias concretas:

Para los teólogos existe el peligro de quedarse en bellas palabras, a lo que se llama, a veces, “alimentarse a costa de los tesoros de la Iglesia”. Es una manera sutil de decir: hablar con voz prestada. Hablar más de lo que, siendo uno sincero, podría reclamar para sí mismo por lo que toca a la fe o la propia esperanza... La verdad tiene que ser algo con lo que uno mismo puede vivir, algo que no le rebase a uno ni a las experiencias propias¹⁶.

Los cristianos, y los que quieran testimoniar la fe viviendo en nuestro contexto, no serán recibidos fácilmente con los brazos abiertos, porque se enfrentarán con la resistencia y la protesta abierta. Esto los va a llevar cada vez más a una situación de “disonancia cognitiva”, una situación en la que experimenten la no conformidad, dolorosa, de lo que ellos creen y testimonian con lo que otros intentan y viven como la cosa más natural del mundo. La experiencia diaria de falta de interés, de rechazo y oposición forma parte de su existencia, sin que por esto se hayan de avergonzar del evangelio (*cfr.* Rom 1, 16; 2Tim 1, 12) o negarlo (*cfr.* 2Tim 2, 12).

Los cristianos se exponen y se distancian cuando no participan en las actividades comunes, cuando no viven los cambios que han ocurrido. Eso no implica que ellos deseen crear una separación hostil, sino que puede significar que, en lugar de ganarse las simpatías de los demás, prefieren dar testimonio

16. Dorothee Sölle, Peter Bichsel, Klara Obermüller, Teschuwa, *Umkehr. Zwei Gespräche*, Zürich, 1989, p. 17.

de la fuerza que les inspira y de su esperanza... No se trata de lo que es comúnmente aceptado o de lo que, en el fondo, todos exigen. Cuando lo que el cristiano entiende por su fe, y vive según ella, va más allá de la decencia que se espera de todos, con esa manera de vivir atestigua una relación no intercambiable con nada... Solamente ocurre en base a la fe escatológica... como resultado de la esperanza en el futuro de Dios¹⁷.

Esto no significa que los cristianos se alejen de la solidaridad con los seres humanos, ¡al contrario! Con su testimonio de vida, buscan transformar desde dentro la sociedad que comparten con los demás. Tratan de humanizarla en el espíritu de Jesús.

El testigo evangeliza porque reúne dos condiciones: echa la suerte con los demás y en muchos otros aspectos no es como ellos. Lo primero sin lo segundo es una solidaridad vacía, porque no trasciende ni transforma. Lo segundo sin lo primero tampoco es buena nueva por su elitismo insolidario. El que es como los demás, es decir, el que se deja llevar por el individualismo, que es la ideología que difunden las corporaciones transnacionales, no puede echar la suerte con los demás; por el contrario, los demás son rivales que hay que vencer en la lucha de la competencia. Por su parte, el que se cree más calificado que la mayoría tiene la tentación de encerrarse en su círculo, prescindiendo de los demás. Es buena nueva para los demás el que, esforzándose por vivir una existencia realmente humana, no les da la espalda, sino que su humanismo lo lleva precisamente a compartir la suerte con ellos en solidaridad discreta, horizontal, valorizadora y potenciadora de los otros¹⁸.

Muchas veces los cristianos no comprendemos las diferencias entre nosotros y las demás personas, y nos desentendemos de ellas. Normalmente estamos dispuestos a aceptarlas sólo en lo que nos parece conforme con nuestra *propia* convicción. Pero precisamente eso niega el respeto a su ser diferente a los demás. Y fácilmente, en nuestro actuar con relación a ellos, empezamos a juzgarlos y a creer que somos más sabios, y terminamos en moralismo o en una difusa melancolía, y suponemos que poseemos la verdad definitiva. Cuando éstas son las verdaderas intenciones de los cristianos, tarde o temprano se hacen inocultables: ganar a los demás para crecer nosotros. Entonces, la misión y la evangelización fácilmente se enfocan desde una actitud de tener siempre la razón, en lugar de compartir el mensaje agradecido del evangelio como buena nueva y de experiencias que también podrían tener relevancia para los demás, porque nosotros mismos tuvimos la oportunidad de sentir las y vivirlas como liberadoras y positivas para nosotros. En otras palabras, la autenticidad de la evangelización se mide por el respeto a la libertad y a la dignidad del otro, valores que debemos considerar

17. Norbert Brox, *Der Glaube als Zeugnis*, München, 1966, pp. 90s.

18. Pedro Trigo Durá, *Perfil del sujeto evangelizador de la gran ciudad*, pp. 238s.

como intocables e inviolables; el respeto al actuar de Dios cuyo espíritu está presente en todas las culturas y religiones; y la lucha por la justicia, en especial en favor de los más pobres, para que el evangelio, y la buena noticia, que habla de la vida en abundancia para toda la humanidad, sea creíble.

A los cristianos se les plantea la pregunta de cuál es su lugar en la ciudad y cuál es su misión. Si según el evangelio los pobres son los privilegiados de Jesús, eso también tendrá repercusiones sobre el lugar y la misión de los cristianos. En una palabra, lo descubrimos y lo hallamos allí donde se encuentra el sufrimiento humano y los esfuerzos para superarlo en forma de misericordia hacia el prójimo.

3. Algunas sugerencias prácticas

Para poder evangelizar con credibilidad y autenticidad la Iglesia tiene que evangelizarse a sí misma “a través de una permanente conversión y renovación” (EN 15). Eso no significa que la Iglesia se centre en sí misma, sino que escuche a los otros, que ponga atención a sus preguntas y necesidades, y que esté presente para quienes la necesitan. Conversión significa una orientación nueva hacia la radicalidad del mensaje del evangelio y hacia el mundo vital de los seres humanos a quienes ha de llegar el mensaje. El lugar de la Iglesia está entonces, sobre todo allí donde los hombres y mujeres sufren, y no primariamente dentro de la Iglesia sino en el mundo¹⁹. Sólo allí donde la Iglesia se compromete radicalmente con los que sufren supera un eclesiocentrismo que está profundamente enraizado en ella. Aunque los sufrimientos sean muy diversos, hoy la pobreza mundial aflige globalmente a la mayoría de los hombres. No es sólo la ruptura entre ricos y pobres, entre explotadores y explotados lo que divide a las sociedades y al mundo, sino la ruptura entre quienes participan en el proceso económico globalizado y los excluidos. Éstos ni siquiera tienen el privilegio de ser explotados.

El problema de la justicia en el mundo también le afecta directamente a la Iglesia como institución, porque las injusticias la dividen entre Iglesias pobres e Iglesias ricas. No aceptar por autosuficiencia esta división, sino superarla para que nadie sea excluido de la mesa eucarística, es uno de los más grandes

19. “El lugar de la Iglesia es ‘lo otro’, la alteridad más radical del sufrimiento ajeno, sobre todo el masivo, cruel e injusto. Ponerse en ese lugar no es nada fácil para la llamada ‘Iglesia institucional’, pero tampoco lo es para la llamada ‘Iglesia progresista’ dentro de ella. Por poner un ejemplo de actualidad: es urgente, justo y necesario exigir el respeto a los derechos humanos y la libertad dentro de la Iglesia, ante todo por razones éticas, porque son signo de fraternidad —signos, por tanto, del reino de Dios— y porque sin ellos la Iglesia no se hace creíble en el mundo de hoy. Pero no hay que olvidar que con ello seguimos todavía, lógicamente, en el interior de la Iglesia. Con prioridad lógica, hay que preguntarse cómo andan los derechos de la vida y de la libertad en el mundo”, Jon Sobrino, *El principio misericordia*, p. 39.

desafíos, tanto en el plano local como en el plano universal de la Iglesia. Y esto le exige poner la mirada en la realidad sin llamarse a engaño. “Lo que impide ver no es tanto no querer ver, cuanto la pérdida de contacto directo y real con el mundo de los excluidos. Ese distanciamiento nos inmuniza, nos insensibiliza, y la ‘dureza de corazón’ transforma la crudeza de lo real en realidad virtual”²⁰. Por eso la Iglesia ha de optar permanentemente por los pobres e interceder por los excluidos del proceso de globalización, prestando públicamente voz a los sin voz. Debería movilizar el potencial de solidaridad en sus propias filas e incrementarla con otros grupos. Eso significa que la Iglesia se distancie del estado y busque mayor cercanía a las fuerzas de la sociedad civil que están comprometidas en la lucha por la justicia.

La diversidad de confesiones y denominaciones religiosas no es, en definitiva, lo que pone en peligro la credibilidad del único evangelio. La oración de Jesús, “que todos sean uno para que el mundo crea” (Jn 17, 21), está dirigida a todos los que se remiten al evangelio. No se puede desoír el llamamiento a dar un testimonio común de las Iglesias cristianas en la sociedad. Y por eso se plantea la cuestión de cómo se podría motivar y formar ese testimonio. El testimonio común es necesario, pero la claridad que se necesita para ello no puede destruir la identidad de las diversas Iglesias. La identidad propia no se gana marcando límites frente a otros, lo que conduciría a una identidad negativa. ¿Cómo conseguir, entonces, una identidad común?

Esta tarea se plantea a todas las iglesias. Para dar testimonio del evangelio es necesaria la colaboración ecuménica. Rechazar tal testimonio común puede animar a la propagación de la propia denominación, pero no es adecuado para la evangelización, sino que más bien la falsea, como si fuera la ideología de una firma comercial particular. “Necesitamos el testimonio común también como fundamento para nuestra acción misionera específica. Sólo así se hace creíble que no se trata de reclutamiento de miembros, de hacer que nuestra tradición eclesial perdure o de asegurar nuestro influjo sobre la sociedad, sino del mensaje del amor de Dios... y también de que los hombres encuentren en este mensaje un apoyo para su vida”²¹. En la práctica eso significaría emprender una revisión honrada de nuestra actuación eclesial, de modo que nuestras acciones de conjunto ayuden a los seres humanos en su tarea a ser sujetos.

Se trata, sobre todo, de fortalecer y promover a los laicos. Según una declaración del concilio, ellos “están especialmente llamados para hacer presente y eficaz a la Iglesia en aquellos lugares y en las circunstancias donde ésta sólo por

20. Agenor Brighenti, *Evangelisierung im aktuellen Kontext – Wirklichkeit und Herausforderungen aus der Sicht Lateinamerikas*, p. 189.

21. Walter Klaiber, “Missionarische Ökumene. Wie Kirchen gemeinsam das Evangelium bezeugen können”, *Herder Korrespondenz* 61 (2007) 352-357, 356.

medio de ellos puede llegar a ser ‘la sal de la tierra’ (*Lumen Gentium* 33). En gran medida esos lugares se encuentran hoy en las ciudades. En ellas se puede empezar con ayudas inmediatas: guardarropas para los más necesitados, trabajo con los niños de la calle y los drogadictos, con los basureros y las prostitutas, hasta el trabajo por los derechos humanos. Para el testimonio de fe en estos contextos específicos los laicos tienen que ser fortalecidos y animados a través del acompañamiento y apoyo personal, en lugar de destinar a los mejores entre ellos a actividades importantes, pero que quedan en el interior de la Iglesia.

No quisiera que se me entendiese mal. Lo dicho no va contra las comunidades cristianas de base, las cuales, por cierto, son un testimonio vivo del evangelio. Lo que quisiera recalcar es que el testimonio de la fe tiene que mirar sobre todo a los demás, a los de fuera. Los cristianos pueden vivir la experiencia de ser aceptados por Dios y así se confían a su “Sí” absoluto. La respuesta a este “Sí” es el amor a nuestros hermanos y hermanas, un amor, que vive del amor de Dios y es fortalecido por él. A través de su testimonio de fe agradecido, los cristianos, aun sin pretenderlo, ofrecen también a los demás la posibilidad de sentir gozo en el “Sí” incondicional, y la posibilidad de dejarse convencer por el evangelio. Todo lo demás está en las manos de Dios.

